



COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 1679

De la Académica de Número
doña Otilia da Veiga, con

REFLEXIONES ACERCA DE LA POESÍA

Señor Presidente:

Un viejo refrán asegura que “de médico, poeta y loco” todos tenemos un poco. Tal aserto habrá surgido en una época de conocimientos empíricos, cuando la medicina era cosa de curanderos y barberos, y la poesía, como hoy el rap, era poco más que una improvisación trashumante echada a rodar por los caminos en boca de peregrinos y juglares.

Con la llegada de las academias, el saber se reglamentó, entre otros beneficios, para poder ser estudiado y transmitido, y hoy todas las artes, independientemente del talento que se posea, demandan el estudio de sus reglas para adquirir las destrezas que permitan luego ejercerlas con idoneidad e independencia de criterio.

Los aspirantes a poetas también necesitan conocer las reglas y la trayectoria evolutiva de la poesía, si bien no se trata de escribir poemas como en la época medieval, sino de adquirir formación literaria.

El enriquecimiento del lenguaje acompaña al enriquecimiento personal, y, aunque corrientemente el que escribe aspira a dar a conocer a los demás sus obras y se siente estimulado cuando recibe comentarios favorables, ese bagaje atesorado le vale para ahuyentar a los demonios de la vanidad, pues, a mi juicio, el único modo de enriquecer el lenguaje y poder ejercer la autocrítica es a través de las buenas lecturas.

Conviene entonces comenzar con el análisis del soneto: ¿por qué los grandes poetas lo han practicado? Porque obliga a buscar nuevas palabras, ya que la rima consonante debe ser variada y, por lo mismo, se hace imprescindible enriquecer el lenguaje a fin de hallar nuevas voces en el intento de lograr la imagen escueta y esplendorosa que deseamos transmitir ajustados a la estructura del poema.

El soneto convencional –al cual todos conocemos– está compuesto por catorce versos endecasílabos distribuidos en dos cuartetos y dos tercetos de rima consonante. Para que en un soneto la cadencia sea perfecta, el acento tónico tiene que recaer en la **segunda**, la **sexta** y la **penúltima** sílaba. También debe evitarse la rima de palabras agudas, como las terminadas en **-ón**, **-or**, **-ol**, etcétera. Estas son, a grandes rasgos, las reglas exigibles.

Hay quienes, escapando de este encorsetamiento, optan por la poesía libre, que no es tomar el lápiz y echar a volar sobre el papel los pájaros de la imaginación sin ton ni son, con inmerecida rebeldía contra las reglas literarias.

La literatura y ni qué decir la poesía son artes de difícil ejecución que no permiten errores sintácticos, palabras de significación equívoca o temas manoseados, triviales o mal expresados. Más allá de la necesaria inspiración, escribir exige el trabajo que demandan la dedicación y el conocimiento, que oportunamente darán tiempo a las licencias.

Transcribo a modo de ejemplos un soneto del siglo XVIII de José María Blanco y Crespo:

Muerte y vida

Al ver la noche Adán por vez primera,
que iba borrando y apagando el mundo,
creyó que al par del astro moribundo
la Creación agonizaba entera.

Mas, luego, al ver lumbrera tras lumbrera,
dulce brotar y hervir en un segundo
Universos sin fin... vuelto en profundo
pasma de gratitud, ora y espera.

Un sol velaba mil: fue un nuevo Oriente
su ocaso; y pronto aquella luz dormida
despertó al mismo Adán, pura y fulgente.

¿Por qué la muerte al ánimo intimida?
Si así engaña la luz, tan dulcemente,
¿por qué no ha de engañar también la vida?

Y otro más reciente, que pertenece a Raimundo Escibano, titulado:

Como la sombra de una luz herida

De vez en cuando cruzas por la vida
sin ser tú mismo, sin saber quién eres;
sin saber dónde vas ni lo que quieres,
como la sombra de una luz herida.

Y buscas en la niebla una salida.
Sabes que el mundo –hombres y mujeres–
son abejas de Dios, pero prefieres
volar a solas, ser tu propia huida.

De pronto te das cuenta. Te has perdido
y preguntas por el desconocido
que alguna vez llevó tu mismo nombre.

Mas nadie te recuerda ni te ayuda
a resolver la más pequeña duda
en el difícil trance de ser hombre.

Estos sonetos, además de su belleza y contenido, permiten al poeta en solo catorce versos transmitir situaciones anímicas complejas; en este caso, la de que estamos solos ante la trascendencia.

Y ahora iremos al poema libre. Este pertenece a Julia Rivero y se titula:

Tiempo del tiempo

¿Cuánto tiempo ha pasado?
¡Qué largo el tiempo...!
Y después de regalarte el alma,
los brotes más jugosos y más verdes;
y después de vivir para tu vida,
y después de ensartarme, cuenta a cuenta,
año a año,
en el cordón sin fin de tu capricho.
¡Ay, amor! Ese tiempo
de amanecidas longas
y noches consteladas.
¡Ay, amor! Ese tiempo
se nos perdió un mal día,
cuando
jugábamos a desquerernos.
Ese tiempo,
ya ni tuyo ni mío.
Sólo tiempo del tiempo
perpetual y ebrio,
reinándome y reinándonos a todos.

En este poema, si bien no hay música explícita y las licencias juegan su papel, no falta la cadencia, y las reiteraciones no molestan al oído en tanto el ritmo interno se mantiene.

En cuanto a las anuencias, llegarán con el tiempo, y el poeta entrenado sabrá utilizar metáforas, sarcasmo, humor e ironía con buen gusto, elegancia y soltura, dándose la libertad de emplear el vocabulario que mejor represente su intención.

Transcribo algunos ejemplos elegidos del amplio parnaso de la literatura lunfardesca a fin de ilustrar lo antedicho con este soneto de Nyda Cuniberti.

Esquina

Acuerdos misteriosos acechan en la esquina,
que puede ser el sitio de la palabra espera
como el del chau que indica que todo se termina

COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 1679/2

o el punto que cancela una bronca cualquiera.

No es solamente el cruce del ruido y la bocina;
la esquina es casi un modo, es casi una manera
de sacudir la mufa, engrupir la rutina
con una carambola palpitada de afuera.

Es el ángulo ansioso de la cita fallada,
es el recodo fácil de la pasión buscada
y también es el aire de la mano tendida.

Desde sus mil ochavas Buenos Aires convierte
dos calles que se cortan –una simple parada–
en un lugar que puede decidir nuestra suerte.

Y la demostración de que el lunfardo es un vocabulario apto para expresar los más hondos sentimientos se patentiza en este otro soneto, del que es autor el poeta Roberto Selles.

Dedicatoria

A quienes me piantaron las rutinas
y calzaron mis pies con nuevos pasos
o encendieron su sol en mis ocasos
tras la vuelta casual de las esquinas.

A quienes me nublaron las matinas
al dejarme vacíos los abrazos
y al fin se repartieron los pedazos
de mi cuore, sin penas. A LAS MINAS.

Las buenas, con su amor sin manganetas;
las malas, que empilchaban sus caretas
aunque se desnudaran ante mí.

A eyas les dedico estos sonetos,
versión en verso de sus mil libretos
y único vuelto de lo que les di.

Buenos Aires, 31 de diciembre de 2010

OTILIA DA VEIGA
Académica de Número
Titular del sillón “Fray Mocho”